

Viernes 7 Agosto de 1891

Núm. 27



# FANDANGO

**BAILE SEMANAL**  
**DEDICADO AL BELLO SEXO MASCULINO**

**10**  
centimos



Hermosa, alegre y risueña,  
jovial, incitante siempre,  
igual que algunos manjares  
están diciendo comedme.

Ayuntamiento de Madrid







# EL FANDANGO

Si hablas mal del hombre  
piensa en tu abuelo

AGRIPINA

El hombre es el eterno  
niño; respeta su inocencia.

MESALINA

## BAILE SEMANAL

DEDICADO

AL HERMOSO SEXO MASCULINO

DIRECTORA

D.<sup>a</sup> PEPITA SENSIBLE

Solo hay una cosa mejor  
que un hombre: dos  
hombres.

MADAME PETIT

Las guías del bigote de  
un hombre marcan el  
camino de la felicidad.

PROSERPINA

Año I

Barcelona 7 Agosto de 1891

Núm 27

### CANTAR



Anda vé y dile á tú madre  
que la doy cuatro pesetas  
si sabe quién fué tú padre.



## CRÓNICA



La Exema. señora D.<sup>a</sup> Pepita Sensible está enferma.

Padece de una gandrulitis crónica que no hay más que pedir.

Y es que con esto de los calores no le gusta más posición que la horizontal.

En vista de todo lo cual y por todo lo que; yo humilde aspirante á la clase de mujer pública, ó mejor dicho, *escribienta*, me vec en la *necesidad* de calentarme un poco, para poder escribir estas desaliñadas líneas.

Pero antes de entrar en materia, ó en la materia, como Vdes. quieren, he de hacerles una observación.

Que lo de canlentarme un poco, lo he dicho con referencia á mis sesos, nunca con referencia á otra cosa.

Conviene, pues, hacer estas declaraciones, con el objeto, de que el señor Fiscal (q. D. g.) no suponga lo que no debe suponer.

\* \* \*

¿Y qué sucesos han pasado esta semana? me pregunto..

Como pasar, como no sean aquellos pares de huevos que metieron de matute el martes último por el fielato de Serranos, en Valencia, no creo que haya otra cosa que merezca fijemos la atención.

Así pues, echémonos un rato á los hombres que frecuentan los baños Orientales.

¡Aquello si que dá gusto!

Allí todo el mundo es lo mismo.

Allí no hay jerarquías.

Tan feo es el gobernador como el escribiente quinto, el rico como el pobre.

Todos disfrutan de pelos en todas las partes del cuerpo, los unos más los otros menos, pero pelos al fin.

¡Y qué barrigas se observan!

Si nos detuviéramos á hacer una clasificación de ellas sería cosa de reirse.

Las hay en forma de melón, de pepino, de berenjena silvestre y de tomate con berrugas.

¿Pues y los muslos ó *músculos* como vulgarmente se dice!

¡Que *músculos*, Dios mío!

La mayor parte parecen cañas de pescar, largas y tiesas; apenas si existe alguna más ó menos corbada.

Los que así las tienen se quedan en casa por el qué dirán.

Allí acuden las señoritas y señoras en confuso tropel á observar lo que la madre naturaleza lanza al mundo, siendo el hermoso sexo masculino objeto de críticas, risas y asechanzas por parte de las atrevidas mujeres







¡Miradlos cómo se abrazan!  
Piensan que nadie les ve.....  
y es que la pobre pareja  
no puede otra cosa hacer

Ayuntamiento de Madrid





Si al trapecio sube firme  
para hacer sus ejercicios  
es el hombre casi siempre  
el que pierde el equilibrio.

Recomendamos á la primera autoridad civil ponga coto á semejantes escándalos y que mande allí un destacamento de la guardia civil para que no se ofenda á la moral y al *pudor* que por allí hace y con esto ganará la decencia pública y las narices de los bañistas.

CASTA DEL TODO.

## PLAN CURATIVO

—¿Su estado?... —Viuda, doctor.  
—¿Hace mucho? —Un año entero  
¡Porqué negarlo! ¡me muero  
de una abstinencia de amor!  
—¿Tanto quiso á su marido?  
—¡Ay! Doctor lo quise tanto  
que aún dice mi acerbo llanto

lo mucho que lo he querido.

¡Era barón!

—¡Sí!...

—¡¡Barón!!

Joven, fuerte y animoso  
y expresivo y cariñoso  
hasta la exageración.

—Con que barón, joven, fuerte...

—Y el encanto de mi vida.

—Señora, mala partida  
le ha jugado á V. la muerte.  
Su dolencia es natural,  
lógica su calentura...



Más yo sé como se cura  
rapidamente ese mal.

Le inspiro á V. confianza  
por ser médico?

—Completa.

—Pues la llevaré... á la meta  
en brazos de la esperanza.

—¡A la meta!

—Claro está.

A la meta deseada:  
en llegando, está curada;  
la meta la salvará.

—No atino, doctor.

—¿No atina?

—No señor, más tengo fé;

¡Ay! Doctor dígame usted:

¿esa meta... es medicina?

FASQUINA

## AGRIPINA Y NICANOR

Baje usted los entredoses, Nicanor..  
¡Pero que siempre ha de suceder lo  
mismo! ¿No le dije á usted ayer que  
limpiase la estantería? ¡Mire usted  
cómo están las madejas!... ¡Bruto! ¡Pe-  
dazo de Bruto! Son ustedes capaces  
de comprometer á un hombre de bien.  
Un día me ciego y le rompo á usted  
el metro en la cabeza ¡Animal!

Nicanor, sin pronunciar una pala-  
se puso á arreglar los paquetes de la  
estantería.

A solas, consigo mismo y con las  
piezas de trencilla, pensaba en los  
ultrajes que le había inferido D. Sil-  
verio, su principal, y en los ojos he-  
chiceros de Agripina, la *oficiala* más  
pizpireta de cuantas compraban seda  
y botones en la lonja titulada del *Co-  
razón de Jesús*, donde servía, en cali-  
dad de dependiente, el joven riojano  
Nicanor Cuzcurrita.

Don Silverio era un salvaje. Nica-  
nor le tenía un miedo cerval, y no le  
faltaba razón, porque al que contra-  
riase á D. Silverio, ya le había caído  
que hacer,

Una vez cogió á un dependiente, y  
después de tirarle dos ó tres mordis-  
cos, le arrojó al patio desde el entre-  
suelo: otra vez dió un par de bofetadas  
á una parroquiana, porque le ofrecía

12 reales por un *polisson* que estaba  
marcado en 28.

Era atroz D. Silverio.

El joven dependiente padecía bajo  
el poder de aquel ogro con america-  
na, y en más de una ocasión había  
dicho á un paisano suyo, que servía  
en una tienda de quincalla.

—Si sabes de alguna colocación,  
dímelo, Bonifacio. ¡Tengo unas ganas  
de perder de vista á mi principal!...  
¡Si vieras lo bruto que es! Pero la cosa  
andaba mal, y entre el Gobierno y el  
colera habían puesto á la nación en  
estado tan crítico, que los jóvenes del  
comercio no encontraban donde ga-  
nar una peseta.

Nicanor, cumpliendo las órdenes de  
su jefe, limpiaba con gran interés  
todos los paquetes, ponía en orden  
los muestrarios, y recogía cuidadosa-  
mente los trozos de cordón que esmal-  
taban el pavimento.

—Nicanor, le decía D. Silverio á  
cada instante: ¿Hay bastantes ovillos  
del núm. 4?

—Sí, señor, contestaba él.

—Nicanor, el torzal azul...

—Nicanor, saque V. los botones de  
acero fantasía.

—Nicanor, no hay en el escaparate  
alfileres de cabeza negra. Póngalos V.

—Nicanor, deme V. la puntilla.

Los domingos de Nicanor eran la  
única felicidad que le proporcionaba  
la Providencia.

Porque el joven riojano esperaba  
los domingos á Agripina en el café de  
la Concepción, y juntos se dirigían á  
las Ventas del Espíritu Santo. Allí,  
por una módica suma, devoraban en  
silencio la chuleta empanada, el esca-  
beche con pimientos y tomates, ó la  
sabrosa tortilla de jamón.

¡Qué feliz era entonces el depen-  
diente de la tienda de sedas!

Agripina le amaba. Se lo había di-  
cho una tarde, mientras él medía tres  
varas de galón. Desde entonces, la  
existencia de Nicanor se había endul-  
zado con las frases cariñosas de la *ofi-  
ciala*; pero D. Silverio, que detestaba  
la felicidad ajena, había descubierto



# QUISAS



—En postura tan... graciosa,  
¿toma usted el fresco, Leonor?  
—Sí, más tomara otra cosa  
pues tengo mucho calor.



—Aquí estamos bien, mi vida.  
—Es baja la hierba, y no  
me cubrirá bien.—Descuida,  
que ya te cubriré yo.



—¡Qué pepinos! ¡Marrata!  
Aunque pesen un kilo  
voy á llevarme uno  
para mi uso especial.



—¡Estos pepinos son buenos!  
¿Y cómo comprarás  
que en tierra pesen más  
y aquí en el agua que menos?



—¡Eh, señores! Por allí.  
córranse hacia las umbrías,  
que yo no he venido aquí  
á retratar porquerías.



Los malditos quitasoles  
mi curiosidad desbordan  
¿Qué harán, que hasta el mismo sol  
suda así la gota gorda?



las relaciones de Agripina y Nicanor, y no cesaba de decir á éste:

—El día que les pille á Vds. en conversación, ya verá V. lo que hago con esa chicuela.

El joven rehufa las miradas de su principal cada vez que Agripina entraba en la tienda; y ella, al ver la seriedad de su amante, no podía menos de recriminarle en voz baja. Nicanor la decía entonces, con disimulo, mientras envolvía media docena de botones:

—Circunspección, Agripina mía. Se nos observa.

Ella comenzó á quejarse de su Nicanor.

—No me ama, se decía á solas. Antes se acercaba al mostrador hasta meterse la tabla por la boca del estómago; ahora me despacha silenciosamente, y me cobra hasta el último céntimo... El otro día llegó á devolverme una pieza del perro, diciéndome que era falsa. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Si me habrá olvidado? ¿Si pensará cobrarme la peineta que me vendió el jueves?

Nicanor llegó al café de la Concepción un domingo por la tarde.

—¿Qué va á ser? le preguntó el mozo.

—Traigame usted una Agripina, contestó.

—¿Una Agripina?

—¡No sé dónde tengo la cazeza!... Traigame usted café.

Dicho esto, el joven riojano comenzó á recitar con la imaginación el siguiente monólogo:

—Hace ocho días que Agripina no va á la tienda; llevo hoy aquí, y contra su costumbre, no ha acudido á la cita ¡Cielos!...

Y al decir esto, sorbió un poco de café.

—D. Silverio no me habla ya de mis amores con esa muchacha, ¿por qué, Dios mío, por qué?... Son las cuatro... Y ella no viene... ¡Ay de mí!

Nicanor pagó el café, y salió á la calle como un loco.

—¡Arre allá! le dijo con malos modos un guardia de orden público, contra el cual había chocado el dependiente.

—¡Gracias! contestó éste sin saber lo que se decía.

Y anduvo toda la calle de Carretas, atravesó la Puerta del Sol, subió la calle de la Montera y llegó á la de Fuencarral.

¿A dónde iba? A ninguna parte.

¿Qué buscaba? Nada absolutamente.

Quería aturdirse, embriagarse á fuerza de correr y de sufrir pisotones en el dedo gordo, que lo tenía cubierto por un callo del tamaño de un huevo de paloma.

Al llegar frente á la calle de Colón, sus ojos se fijaron en una muestra colocada en un entresuelo, y en la cual se leía lo siguiente:

### Agripina Cadeneta

MODISTA

Y se lanzó como un demente por la escalera de la casa de Agripina.

Era tal la desesperación del joven, que, en vez de coger el llamador con la mano, lo apresó con los dientes, y comenzó á llamar como los perros sabios.

—¿Quién? preguntaban desde adentro.

—Abra usted, contestó Nicanor pisándose el callo con el pie sano, porque le picaba.

La puerta giró sobre sus goznes, y Nicanor se precipitó por el pasillo como quien va á cobrar una cuenta.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? gritaba.

Pero cuando iba á trasponer los umbrales del gabinete, Agripina se presentó ante sus ojos vestida de blanco.

—¡Infame! gritó Nicanor tratando de estrangularla.

Un brazo de hierro le detuvo, y una voz, para él muy conocida, le dijo con calma estoica:

—Nicanor, vaya usted á barrer la tienda.

Aquel brazo y aquella voz eran los de D. Silverio.

L. T.





—¿Conque al fin has accedido á lo que te ha pedido Arturo?

—¡Mujer! ¡Ponte en mi caso!

—¡Ya lo creo, señorita, que me pondría en su caso! ¡Si es tan guapo y tan... robusto!

## ¡POBRÉS VIEJOS!...

...Joven y bella, el marido,  
hecho el pobre un vejstorio  
el otro, todo un *tenorio*  
jóven, amante y rendido.

La esposa, siempre mintiendo  
el marido confiando,  
y el galán... aprovechando  
lo que el viejo vá perdiendo.

Se vá el marido, el galán  
que atisba ya esta salida,  
entra en la casa enseguida,  
donde esperándole están  
unos brazos cariñosos  
de la esposa amante y fiel,  
y que se tienden á él,  
confiados y amorosos.

.....

Frases de amor, de una parte,  
da otra, gratos embelesos,  
después... caricias y besos...  
y después... Punto y aparte.

Transcurre el tiempo y al fin  
*corona* la situación,  
la feliz aparición  
de un hermoso querubin.

Con este suceso están  
todos locos de placer,  
el marido, la mujer,  
el chiquitin y el galán.

y así todos van siguiendo,  
el viejo, no recelando  
el galán aprovechando  
y la esposa fiel mintiendo.

Más en verdad, no es extraño



un caso como el presente  
pues se ven continuamente  
de estos casos, todo el año.

Y yo soy de parecer  
de que, en matrimonios tales  
en que son tan desiguales  
de edad, marido y mujer.

Si algún *perccance* fatal  
su dicha al fin oscurece,  
¿algún vástago aparece...  
¡Señor!... es muy natural...!

FRANCISCO B.

## GABINETES RESERVADOS

ALFREDO es un hombre que gas-  
ta su fortuna sacrificando en  
las aras de Cupido, una deidad  
digna, en su concepto, de culto  
ferviente y asiduo.

La peor de todas para él es Hi-  
meneo á quien, haciendo una nue-  
va clasificación mitológica, tiene  
por un dios infernal, cuya antor-  
cha alumbra á los salteadores de  
dichas conyugales y ciega á los  
encargados de su custodia.

Suele ver en todas las mujeres  
de buen palmito una creyente de  
sus dogmas deleitosos y de aquí el  
afán de ir siempre en pos de ellas.

Un día hallóse de manos á boca  
con una bellísima joven rubia y es-  
piritual, á la que, según su cos-  
tumbre, propuso iniciar en los  
misterios del rito de su devoción,  
si no los conocía de antemano.

La hermosa le oyó con amable  
complacencia y decidieron ambos,  
de comun acuerdo, hacer juntos el  
sacrificio al dios niño, sirviéndoles  
de templo un gabinete reservado  
del café Inglés.

Alfredo procedió como un faná-  
tico, ella casi como una neófita; y

cuando, terminada la ceremonia,  
se vió en la calle y lejos del impro-  
visado santuario, observó con pe-  
na que en el entusiasmo de su  
fervor había perdido un valioso al-  
filer de corbata.

\*\*\*

Tres meses después encontró Al-  
fredo á su amigo Mariano Ranura.

—Conque te has casado, le dijo,  
—y si no miente la fama con una  
mujer buena y hermosa?

—Efectivamente, aunque á un  
célibe empedernido como tú parez-  
ca una fábula; y para que te con-  
venzas de la realidad, te espero  
mañana á comer.

Al día siguiente Alfredo admira-  
ba el *confort* de la casa de su  
amigo y sobre todo á la esposa de  
éste, una rubia de aspecto senti-  
mental, y hermosa como un sueño  
de amor.

Esta acogió al amigo de su espo-  
so con la más amable cordialidad.  
Durante la comida prodigóle mil  
atenciones, se sonreía de una ma-  
nera encantadora, sus ojos se fija-  
ban en él con expresión indefini-  
ble, y casualidad ó intención, su  
pié se colocó varias veces sobre el  
de Alfredo.

Este quedó encantado de su  
nueva amiga; no había en la casa  
mueble ni adorno que no le pare-  
ciera bien; en la mesa, todos los  
platos merecieron su elogio, espe-  
cialmente unos dulces que se sir-  
vieron á los postres.

La señora de Ranura le invitó á  
que se llevara algunos, y á pesar  
de su resistencia, cuando salió de  
la casa, ya á media noche, llevaba  
un paquetito coquetamente prepa-  
rado por ella, quien le recomendó



con mucho interés que no se acostara sin comerse un dulce.

Apunto ya de meterse en el lecho el galante solterón desató el paquete y... ¡oh asombro! el alfiler de corbata que tres meses antes había perdido estaba allí, clavado en una pera.

—¡Cómol exclamó, la rubia aquella es... esta misma... y me ha reconocido!..

Acostóse meditabundo, y al apagar la bujía murmuró alegremente:

—Es indudable que en casa de Ranura habrá algún gabinete reservado. S.

## A una señora comprometida

Perdóname por favor  
si ahora la pluma indiscreta  
quiere expresar mi dolor;  
es muy malo estar á dieta  
en las cuestiones de amor.

Que estoy faltando al noveno mandamiento, se dirá:  
que esto no es santo, ni es bueno...

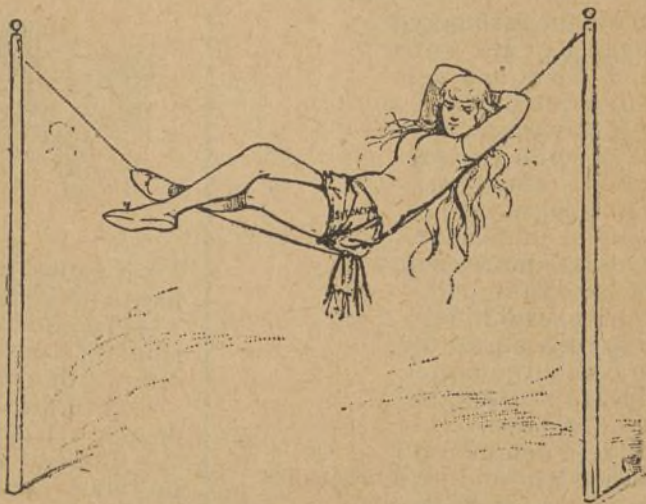
¡Ay, hija, es tan dulce la fruta del cercado ajeno!

Yo padezco, francamente,  
pues mi amoroso interés  
no se sácia fácilmente  
viéndonos tan solamente  
una ó dos veces al mes.

Me devora la impaciencia  
y esto ya es muy aburrido;  
¿quién sabe si en esta ausencia  
sientes tú la indiferencia  
precursora del olvido?

Cuando estamos juntos, bien;  
se unen nuestros corazones  
en amoroso vaivén  
y hay algunas expansiones  
que nos llevan al Edén.

Se cruzan nuestras miradas,  
y se entienden nuestros ojos  
y pueden ser contempladas  
esas guedejas doradas,  
esos labios siempre rojos,  
ese cuerpo seductor  
conjunto de perfecciones  
y esos lindos tropezones



En la cuerda se sostiene  
con pasmosa habilidad...  
¡No quiero pensar, señores  
en la cama lo que hará!





*El.*—Caramba, niñas, dejadme,  
que soy poco para tantas.

*Ellas.*—Con un duro cada una  
no le pedimos ya nada.

que son su encanto mayor.  
Pero luego hay que sufrir  
la partida hasta más ver  
y yo tengo que decir  
ojos que la vieron ir  
cuando la verán volver!  
No lo puedo remediar;  
no tengo resignación,  
ni me puedo conformar  
porque estos amores son  
amores á turno impar.  
Y no temas serle infiel  
ni que lo sepa algún día,  
porque como dijo aquél,  
*todo Madrid lo sabía,  
todo Madrid, menos él.*  
Lo cual deja demostrado  
que cuando un hombre cualquiera  
caza en terreno vedado,  
el último que se entera  
es el guarda del cercado,  
Conque cese mi tormento  
y ten de mí compasión;  
extiéndeme el nombramiento  
y practíquese al momento  
toma de posesión.

G. M.



Un padre irritado amonesta al tu-  
nante de su hijo.

—¡Tú contraes deudas por tu que-  
rida! ¡Te presentas en público con  
ella!... ¡Bonita conducta!

—Pero, padre mío, yo estoy seguro  
de que usted mismo, á mi edad....

—¡Cállese usted! Y sepa que yo  
he tenido nunca queridas... antes de  
casarme.



Van á embargar á un sugeto que  
temiéndolo, ha puesto en nombre de  
su mujer todos sus bienes.

Cuando se presenta el escribano  
andan por la casa dos niños jugando.



—Aquí todo cuanto hay es mío— dice la señora.

—¿Y estos nenes tan bonitos?— pregunta el depositario de la fe pública acariciando á los nenes.

La señora, que tal vez no se ha fijado en la pregunta, responde:

—Nada; aquí en nada tiene, si quiera, parte mi marido.



Un pintor ponderaba en casa de un literato el tipo árabe de una muchacha que había tomado por modelo

—¿Puedes enviármela? dijo el escritor.

—¿Estás loco? exclamó asombrada su señora.

—No, mujer, sino que también escribo con modelo: soy naturalista.



Decía ayer con espanto á su costilla, Vicente:

¿Qué cuernos tendré en la frente que me está picando tanto?



Escena de familia.

La noche de boda, cuando el novio feliz se dispone á flanquear la cámara nupcial donde la esposa bella y cándida le va á abrir las puertas del Paraíso (digámoslo así), la suegra le detiene y con lágrimas en los ojos le dice:

—Por Dios, hijo mío, nada de vehemencias; trátala con consideración.

—No tenga usted cuidado.

—¡Es que quizás no sepas que la pobrecita está en cinta!



Un sugeto que ha roto sus relaciones con su querida, la escribe:

«Para tí he muerto, ya no estoy en el mundo. Envíame mis ropas y mis camisas.»

Y ella le contesta:

«Como ya sabía que habías fallecido, he dispuesto de cuanto tenía tu-

yo para costearle uno ó dos funerales.»



La señora de P..., en ausencia de su marido, mandó hacer dos parejas de niños de barro para las rinconeras del salón.

Al regresar su esposo se encontró con la factura del artista, que decía:

«Por haber hecho cuatro niños á la señora de P..., cien pesetas»

—¡Cielos, en un mes! exclamó el desdichado marido.



Un gomoso galanteando á una jamaica, todavía apetitosa.

—Señora, he creído entender que es usted viuda.

—Sí, señor, viuda.

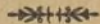
—¿Completamente viuda?



Una *horizontal*, que tenía un miedo horroroso á las viruelas, se decide á llamar á un médico.

—Doctor, ¿en qué sitio podría usted vacunarme para que no se me viera?

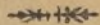
¡Difícil será!



Josefina se dedica á la escultura.

Ha llegado el tiempo en que tiene que estudiar el natural, y su mamá ruega al profesor que le mande un modelo del género masculino, añadiendo:

—Lo más pequeño posible ¿eh? y, sobre todo, que no sea muy musculoso.



—Usted sabrá vestir y desnudar— pregunta una señora á una criada nueva.

—En la casa de donde he salido no hacía otra cosa.

—¿Pues en dónde ha servido usted?

—En casa de un señor solo.

Pujol y Solé, impresores, Tallers, 45.





¡A la disposición de Vds!

## BIBLIOTECA DE «EL FANDANGO»

### Tomos publicados:

- Tomo 1.—**Una cita á oscuras**, por Pepita Sensible.  
 Tomo 2.—**Mariquita sin gusto**, por E. Pardo Bacin.  
 Tomo 3.—**Una noche feliz**, por E. Pardo Bacin.  
 Tomo 4.º—**Por una vaina**, por Casta Susana.  
 Tomo 5.º—**El Canuto de Chin-ka-ka**, por Ka-ka-fu.  
 Tomo 6.º—**La camisa ensangrentada**, por E. Pardo Bacin.  
 Tomo 7.º—**El nabo misterioso**, por Casta Susana.  
 Tomo 8.º—**Siete golpes y repique**, por E. Pardo Bacin.  
 Tomo 9.º—**La polla**, por Madame Petit.  
 Tomo 10.—**La pepitilla**, por Panchita Caliente.

### En prensa:

Para el sábado próximo el Tomo 11.

# POR UN CONEJO

*Novela prehistórica y sandunguera, por Ramona Córcholis  
 Ilustrada por P.<sup>2</sup>*

**Deventa en todos los Kioscos 10 céntimos el volumen**

Ayuntamiento de Madrid